

vesábamos esa llanura, pues muchos viajeros se cruzaban con nuestro carruaje, adelantándolo no pocos, porque la distancia era corta, y nosotros íbamos como verdaderos naturalistas que examinan los sitios por donde pasan, y que no temen las escursiones laterales por poco que los llamen fuera del camino una bandada de aves, una barranca ó el tallo de una planta desconocida.

El único pueblo que en ese trayecto se encuentra es el pueblo ruso Zuiskaia, que toma su nombre del arroyo Zuia que corre entre sauces. Este arroyo es uno de los cuatro que desde las montañas meridionales van á engrosar el Salghir. Atravesado el Zuia es indispensable faldear las pendientes septentrionales de las montañas hasta llegar á un valle semicircular que domina cumbres calcáreas bastante elevadas. En el fondo de ese angosto valle se derraman y se abren camino hácia el Salghir los diferentes brazos del Kara-su, cuyo nombre tártaro significa *agua negra*. La ciudad de Kara-su-Bazar, está tendida en el centro de ese blanco y salvaje valle. Sus numerosos minaretes que luchan en altura con los cipreses y los chopos de los jardines, sus desiguales casas mezcladas con las espesas copas de los nogales y de otros frutales, dan á esa ciudad aquella completa fisonomía oriental

que habíamos ya notado en Baghech-Sarai, bien que hay aquí una mezcla de color cristiano.

El buen Miguel había tenido no pocos apuros para encontrarnos posada; y al fin pudo establecer nuestro cuartel general en dos reducidos cuartos de la casa de un ruso que recibe á los conductores. Uno de los cuartos fué desde luego convertido en salon comun, y en el otro se echó el heno necesario para trasformarlo en cama. Terminados estos preparativos, nos echamos á recorrer la ciudad.

Después de Sebastopol, Kara-su-Bazar, es la ciudad de Crimea mas poblada, pues tiene quince mil almas. Las calles de este grande y mercantil pueblo, fangosas y mal empedradas, tienen infinito número de tiendas defendidas de la lluvia y del sol por cobertizos, apoyados en pilares desiguales, de lo que resulta un golpe de vista mas pintoresco que elegante. Segun la costumbre oriental, que otra vez hemos mentado, los negociantes en un mismo género de industria viven en un barrio. Aquí los comestibles; mas allá los frutos exóticos; vienen luego las lanas, los tejidos y las perennes babuchas, cuyos brillantes colores deslumbran los ojos del parroquiano.

Hay muchos cafés en una calle que es la mas ancha y la mas escabrosa; y en ese lugar se ve la fi-

sonomía de la población entera. Cada café está dividido en compartimientos cuadrados, cuyos límites marcan los balaustres de madera torneados. Una senda común sirve de pasillo, y cada uno entra indistintamente en el gabinete que quiere en donde están encerrados los ociosos. Los tártaros, los armenios y los karaims, acurrucados en el diván que da vuelta á ese angosto espacio, con una estufa en el centro y con el cortejo de los pantuflos que han dejado en el suelo, pasan las horas muertas fumando silenciosamente en sus largas pipas de cerezo. Entre esos grupos, majestuosamente inmóviles, solo de tiempo en tiempo circulan algunas palabras murmuradas en voz baja. ¡Qué modelos tan buenos y dóciles encontraba nuestro amigo Raffet en esas mudas tabernas que parecen consagradas al sueño! ¡Cuántos graves y arrogantes rostros se presentaban allí con sus turbantes estravagantemente enrollados, ó bien con el característico gorro de lana de cordero que distingue á los tártaros! En medio de esa flemma oriental podia uno observar los delicados matices estampados en la fisonomía de esas razas diversas, que tan fácilmente se conocen. Los armenios reúnen, por lo común, á su rostro calmoso una tez mas liza que la de los tártaros, la barba mas sedosa, el ojo mas dulce, cierta gordura, indi-

cio de molicié, los distingue de esa raza de musulmanes, cuya apostura suelta y atrevida, y cuyo rostro espresivo, y prematuramente arrugado, hemos descrito otras veces. En los karaims es notable su escrupuloso esmero en el vestido. Llevan anchas túnicas de color oscuro, que caen en pliegues sencillos y les dan cierto aire grave y severo: su perfil no carece de nobleza, aun en sus analogías, con el tipo judío, y sobre todo esto, la barba cuidadosamente afeitada y las manos finas, y por lo común llenas de sortijas, son las señales que dan á conocer á los sectarios judíos que disfrutaban de algunas comodidades.

Esos hombres, tan diferentes en costumbres, en carácter y en hábitos, viven en paz entre la odorífera nube de los cafés, y muchas veces se divierten jugando juntos al chaquete, platicando sin ruido y sin fervor, y saboreando á largos intervalos algunas gotas de excelente café que se prepara en esos humildes establecimientos.

Tambien el pueblo tiene sus sensualidades. ¡Cuán hermosos estudios para el pintor! Posturas variadas, colores brillantes, rostros espresivos, jóvenes, viejos, finos, brutales, burlones y severos. Los encontramos en grupos acurrucados, en la hora de la comida, por la tarde, y bajo los cobertizos de los hués-

pedes tátaros. Esos activos cocineros bastaban apenas para confeccionar una especie de manjar á que todos eran aficionados decididos. El carnero asado y la delgada galleta, componen el fondo de todas las comidas al aire libre: despues del carnero, el tabaco es en este pais lo mas barato, y las dos cosas bastan para la felicidad de esos pueblos que se contentan con poca cosa.

Saliendo del barrio central y recorriendo las calles desviadas que se dividen para seguir el curso del Kara-su y del Tunas que dan la vuelta á la ciudad, se encuentran en medio de una profusion de árboles fértiles y copudos, algunas cabañas, cuyo desórden y destruccion pintorescos van perfectamente en ese cuadro rústico. En los arrabales la poblacion está mucho menos sobre aviso; de suerte, que no es raro sorprender grupos de mujeres que salen por alguna puerta entreabierta al umbral de sus cercados. Semejantes sorpresas van seguidas de una confusa derrota, en la cual las viejas cierran la marcha y son, por lo comun, las únicas que alcanza á ver el transeunte indiscreto. Suelen quedar dueños del campo algunos muchachos con traje gracioso, aire decidido, los cuales medio ocultándose, miran á los extranjeros con una curiosidad dispuesta á convertirse en fuga.

Puesta Kara-su-Bazar entre esos dos rios, que algunas veces salen de madre, se cubre casi todas las tardes de nieblas blanquizeas que, segun dicen, son funestas para la salud y engendran calenturas epidémicas. El otro inconveniente de que se quejan los habitantes, es la reverberacion proyectada sobre la ciudad por la enorme masa de rocas blancas que la lengua tábara designa con el nombre de Ak-kaia, y que se levanta cual una muralla en el lado norte del valle. Cuando esa montaña es herida por el sol del estío, rechaza los rayos con tal violencia, que la temperatura se eleva de un modo sensible, y la vista no puede tolerar ese deslumbrador reflejo.

Si esas rocas de Ak-kaia son para Kara-su-Bazar un vecino molesto, es preciso confesar que no podria imaginarse un observatorio mejor para cercarse sobre la ciudad y sobre cada una de sus casas. Desde la cumbre de esa alta azotea, el plano de esta ciudad se dibuja con una limpieza que deja ver todos sus pormenores: al mismo tiempo pueden adivinarse la mayor parte de los misterios de esas casas cerradas y de esta vida interior de los musulmanes, que entre la via pública y el santuario de la familia levantan murallas capaces de burlar la curiosidad mas obstinada. Desde allí descu-

briamos todo ese laberinto de calles cruzadas sin orden, que se mezclan y vuelven á encontrarse entre mas de setecientas casas. De diversos puntos de la ciudad se levantan veinticuatro minaretes, y no lejos de la mezquita principal se ve resplandecer el elegante y verde cimborio de la iglesia griega. Hácia un lado se descubren dos iglesias católicas, la una romana, la otra armenia, y mientras tanto el aire de la tarde lleva hasta allá arriba la estraña armonía de los cantos israelitas que salen de una cercana sinagoga. El notable edificio, cuya masa cuadrangular ocupa el centro del pueblo, es un vasto khan, bazar fortificado que tiene alineados alrededor de un patio sus numerosos almacenes, sus ligeras galerías, sus mal seguros balcones y sus techos carcomidos: y en medio de la agitacion del comercio, se encuentra allí acurrucada sobre sí misma la indolencia musulmana. Ese khan es una fuerte y antigua fábrica, y se ha conservado el nombre del ministro de uno de los soberanos tátaros que lo fundó en 1656. Defendido por el muro natural de sus cuatro formidables paredes en donde no hay mas abertura que una línea de angostas saeteras, no tiene ese khan sino una salida que asegura sólidamente una puerta forrada de hierro. Eso era sin la menor duda una fortaleza inespugnable en la

época en que los tátaros, aprovechándose de las discordias civiles amenazaban la ciudad y sus riquezas: los tesoros del comercio encontraban dentro de esas terribles paredes un seguro asilo, mientras que los espugnadores, espuestos al fuego del interior, se veian precisados á volverse por donde habian venido.

Nuestra buena fortuna, secundada por algunos rublos, hizo que fuéramos admitidos una noche á ver una ceremonia religiosa de los tátaros; estra- vagante práctica de que en vano se buscaria una esplicacion algo razonable. Entendemos hablar de la danza de los *dervis*, sacerdotes turcos, espectáculo mas grotesco que imponente, y de que alcanzamos que se nos diera una representacion en gracia de nuestra curiosidad y en provecho de los mullahs. Hé aquí lo que es la danza.

Hácia las nueve de la noche, veinte *dervis* barbudos y viejos vinieron á colocarse en medio de la mezquita, en pié y formando círculo, en cuyo centro se colocó un venerable mullah. Cada viejo comenzó á cantar y á girar moderadamente sobre sí mismo, mientras que el mullah colocado en el centro giraba mas aprisa en sentido inverso y dominaba el canto. Poco á poco todos esos tornos humanos se aceleraron haciendo piruetas, y los gangosos

cantos fueron mas decididos. En ciertos momentos toda esa corona de dervis se inclinaba con una precision mecánica para saludar al mullah. Terminado este primer ejercicio, uno de los dervis se coloca en medio del misterioso baile, estiendo un brazo, despues gira y gira sin cesar y sin fin con la rapididad del trompo que zumba. Aquello no es un hombre, es un torbellino. Veinte minutos dura este suplicio, y en todo ese tiempo la cuadrilla de satélites se esfuerza en girar, en caer acurrucada sobre sí misma, en alzarse de repente y en lanzar gritos salvajes siempre hácia el lado izquierdo. Fatigado el primer volteador, entran en danza otros dos, y comienza lo mismo hasta ser reemplazados por otros. Dedicán una hora á esta ceremonia, á ese movimiento que parece inmóvil á fuerza de ser rápido; y concluido todo cada uno se marcha, los piadosos actores dando traspiés, los espectadores aturridos, y unos y otros igualmente atontados por ese espectáculo insensato.

Al dia siguiente dirigimos nuestros pasos hácia el nacimiento del gran Kara-su que está situado á pocas verstes al Sud de la ciudad. Durante el camino observamos el sorprendente efecto de un rayo. Habiendo el meteoro caido sobre un minarete, despues de penetrar por la pequeña puerta del bal-

con superior, habia seguido hasta el suelo la angosta escalera abierta en el edificio, reventando en todo ese camino la pared exterior. Los restos que hoy quedan unidos entre sí por un cimiento sólido parecen suspendidos y prontos á caerse al menor sacudimiento. Al salir de la ciudad nos han detenido un instante los vestigios de un antiguo cementerio en donde solo reparamos el sepulcro de un bajá, que es un monumento octágono, con varios arcos bastante ligeros. Apenas hubimos dejado atras una colina en que termina el valle, cuando de repente, y en la cumbre de una eminencia bastante elevada, se nos presentó un edificio de traza bastante imponente, que es la casa construida en otro tiempo para recibir á la emperatriz Catalina. Un fertilísimo valle guarnecido de grupos de árboles, cuyo pié baña el rio, sirve de primer plano á ese cuadro de color verdaderamente italiano. En el fondo y detras de las líneas blancas de la vasta casa se dibuja el vigoroso perfil de las montañas. Pasado ese valle, la meseta superior es tan áspera y desnuda como toda la comarca del contorno. En una quebrada cercana llamó nuestra atencion una hermosa fuente encerrada en su concha de piedra. Sus frescas y cristalinas aguas se ocultan bajo la sombra de cinco gigantescos olmos; y en las ramas

que cuelgan encima del agua vimos una muchedumbre de harapos de todos colores. Esos son exvotos: miserables testimonios de curaciones hechas, ó al menos pedidas á esa fuente, que tiene en el pais grande reputacion médica. En el fondo de la pila se ven algunas monedas de plata que la avaricia respeta y son la ofrenda de algunos enfermos ricos curados por la fuente.

El nacimiento del Kara-su está en el fondo de un agreste valle. Una de las fuentes sale de una vasta bóveda de rocas calcáreas y va escapándose de un inmenso depósito natural, y la otra un poco mas distante sale burbujeando de las hendiduras de una roca. Además del atractivo del paseo y del de la caza y de nuestras habituales observaciones, nuestra escursion tenia por objeto determinar la naturaleza de las masas de rocas que flanquean esa angosta torrentera.

Aseguraban algunos que la materia de esas rocas era exactamente piedra litográfica, y en el mismo lugar que nos indicaron, se habian hecho algunas investigaciones preparatorias, cuyos vestigios reconocimos fácilmente; mas eso no era sino una esperanza vana. Así los geólogos, como los dibujantes, no reconocimos en esa inútil roca ninguna de las cualidades de la piedra litográfica, y la verdad

vale siempre mas que una esperanza que pudiera dar ocasion á tentativas ruinosas para los especuladores venideros. A fin de entrar en la ciudad seguimos el curso del Kara-su, cuyas aguas, sobremanera transparentes y frías como un hielo, corren rápidas y copiosas sobre un lecho de pedernal. Nos habian asegurado que en Kara-su-Bachi, pueblo inmediato á las fuentes, encontraríamos un guía conecedor de todos los puntos del contorno, añadiéndonos que bastaria llamar á Ali-Bey. No dejamos de hacerlo, y segun nos habian dicho llamamos tres veces al guía távaro que no pensaba en contestarnos, por la sencilla razon de que habia muerto mucho antes. Su sucesor, Seid-Osman, habia ido á Kara-su, por lo cual hubimos de contentarnos con un jóven távaro muy avisado, cuya compañía, si no produjo otra utilidad, tuvo á lo menos la de alejar por los medios y los gritos usados en ese pais, los furiosos perros que, al aproximarnos á las cercas, nos amenazaban con arrojársenos encima.

Al volver al angosto domicilio en que estábamos reunidos nos ocupamos de las medidas que debiamos tomar para ir á Theodosia. La posta no estaba en disposicion de proporcionarnos caballos, y fué menester todo el celo de nuestro fiel Arnut para poder alquilar los que necesitábamos.